

en el corazón, es dueño de las acciones que produce; y esto se hecha de ver en las oraciones, las alabanzas, las acciones de gracias, las postraciones, las genuflexiones y especialmente en el augusto sacrificio que ofrecemos á Dios vivo y eterno. Pero para adorar al Señor dignamente, es indispensable la humillacion del corazón; por que adorar es estimar, venerar y amar lo que se adora, confesarse inferior, humillarse, abatirse y anonadarse en su presencia, y esto, solamente los humildes de corazón son capaces de hacerlo.

Segun este principio, puede decirse que tiene Dios pocos adoradores verdaderos, pues son pocos los que de verdad le estiman mas que á todas las cosas, y caminan á él como á su felicidad suprema. Todos los amadores del siglo: todos los que se dexan arrastrar de sus malas pasiones: todos los que están poseidos de algun amor mas fuerte que el de Dios; y en fin, todos los que ponen su felicidad en este mundo, y en los bienes percederos, como honores, riquezas y diversiones, son incapaces de adorar al Señor del modo dicho; y bien lejos de ser verdaderos adoradores, son unos verdaderos idolatras, pues se someten á las criaturas, ponen en ellas su fin, y las buscan mas que á Dios.

Amemos, pues al Señor, si queremos adorarle como cristianos; nazca de la caridad todo el culto que le demos y quanto hagamos. No se mezcle en nuestros sacrificios cosa alguna, que no sea consumada en el altar de nuestros corazones con el fuego del amor. Pero para amar á Dios es preciso conocerle, y tener la idea posible de su grandeza y hermosura infinita, pues no se puede amar ni adorar lo que no se conoce. Seria necesario que se aplicasen mas los cristianos á conocer al Señor, y pensar en sus perfecciones y grandezas; que esto les ayudaria á abatirse y humillarse en presencia de aquella Magestad soberana, con un amor lleno de sumision y respeto.

Dios es adorable en todo su Ser, en todas sus per-

